

Capítulo 269 – El shock de un elfo

Susurró entrecortadamente: "¿Por qué me naciste como hombre? Si tan solo fuera capaz de abrir mis centros de energía como..."

Su voz no lo ayudó ya que su mano le arañaba el pecho. Se sentó lentamente, con las mandíbulas apretadas, colocando la mano sobre su rostro, enojado porque este mundo era completamente injusto para los hombres.

'Suspiro, tu silencio no lo ayuda, hermana', pensó Sylvane, con los ojos entrecerrados mientras se giraba para irse.

Los hombres cultivaban en este mundo y también eran muy fuertes, alcanzando niveles como Diamond Body y similares, que en sí mismo se consideraba el nivel en el que podían romper montañas y similares.

Pero ese era su límite.

Para ser exactos, las mujeres biológicamente eran las portadoras de la vida; tienen la capacidad de dar a luz.

Y esa simple ventaja biológica les permite extraer energía de Vida y Muerte más fácilmente de lo que un hombre podría hacerlo, lo que lleva a que su velocidad de cultivo sea mucho más rápida que la de los hombres en general.

Para abrir las puertas interiores, los hombres necesitan tener linajes más puros o físicos especiales, pero para las mujeres, los criterios eran más laxos simplemente porque tienen canales emocionales abiertos desde el nacimiento sin bloqueos.





Y para su sobrino, él era más débil que la mayoría de los hombres debido a que tenía un físico extraño que no parecía tener ninguna esperanza de entrar alguna vez en el temperamento corporal, y mucho menos por encima de los reinos.

"¿Tratemos primero con esos brutos—!?!"

El pensamiento de Sylvane se vio interrumpido cuando el movimiento explotó en su visión periférica.

Un cuerpo —no, un cuerpo de piel verde— se arrastraba por el aire como una piedra de una catapulta, gritando.

Las extremidades de la mujer orca se agitaron sin poder hacer nada mientras se lanzaba sobre sus cabezas; su trayectoria era salvaje y descontrolada.

Antes de que Sylvane pudiera procesar lo que estaba viendo, el orco volador chocó con algo en la distancia.

El impacto creó una onda expansiva que se extendió por el aire, seguida de una explosión atronadora que sacudió los árboles.

Los ojos de Sylvane se abrieron.

Sin pensarlo, corrió hacia adelante y sus botas encontraron su lugar en la azotea más cercana.

Saltó de edificio en edificio, sus movimientos eran fluidos y practicaban, luego a las ramas de los árboles cuando las estructuras se acabaron.





El bosque se desdibujó a su alrededor mientras cerraba la distancia, con el corazón latiendo no por el esfuerzo sino por cualquier cosa que pudiera arrojar a una mujer orca adulta como un maldito juguete.

Encontró al orco en un cráter.

La mujer de piel verde yacía inmóvil, con los ojos en blanco hasta que sólo aparecieron los blancos.

La sangre goteaba de su nariz en riachuelos oscuros, manchando sus colmillos. El suelo a su alrededor se había astillado formando un patrón de grietas en forma de telaraña, tierra desplazada por la pura fuerza del impacto.

No hay heridas visibles. No sobresalen huesos rotos.

Sólo sangre de la nariz y la masa inconsciente de alguien arrojada con suficiente fuerza como para hacer un cráter en el suelo.

La mandíbula de Sylvane se apretó.

Ella reconoció a esta mujer —una de las cazadoras Grak'thar. Claramente en el reino máximo del templado corporal.

Sus ojos siguieron la trayectoria hacia atrás, siguiendo el ángulo del lanzamiento. Vio algo metálico brillando en la tierra—un arco. Uno de los arcos de las mujeres orcas.

Ella lo agarró junto con el carcaj de flechas y corrió.





El bosque se abrió y se convirtió en un claro, y el aliento de Sylvane quedó atrapado en su garganta.

Tres mujeres orcas flotaban en el aire, suspendidas por nada que pudiera ver excepto una tenue luz azul que parpadeaba alrededor de sus formas en lucha.

Sus rostros estaban retorcidos de terror, sus bocas se abrían y cerraban inútilmente mientras arañaban lazos invisibles.

Y de pie debajo de ellos, envuelto en túnicas negras que parecían tragarse la luz que lo rodeaba, había un hombre.

La mirada de Sylvane se fijó en la escena frente a ella —una de las mujeres orcas flotantes, la líder que había acosado a su sobrino no hacía veinte minutos, se elevó más alto que las demás.

Una rama de árbol, increíblemente gruesa y fuerte, se había enrollado alrededor de su cuello como una serpiente. La madera no se rompió a pesar de la presión; no se agrietó a pesar de la fuerza.

El grito del orco fue silencioso, con la boca abierta mientras su rostro se abultaba de rojo y luego de morado.

Las venas estallaron a lo largo de su cuello y frente, tensándose contra la piel mientras la rama se apretaba, se apretaba, se apretaba—

"Entonces", dijo el hombre, con su voz recorriendo el claro con una claridad antinatural, "¿me vas a decir si hay algún elfo aquí o no?"

Todo el cuerpo de Sylvane se enfrió.



El hombre estaba de espaldas a ella, pero incluso desde esa distancia, ella podía sentir que algo andaba mal en él.

El aire a su alrededor se sentía pesado, opresivo, como estar al borde de un acantilado y saber que un paso en falso significaba la muerte.

Su mente se aceleró. ¿Un elfo? ¿Está buscando un elfo?

Ella parpadeó, asimilando su apariencia con más cuidado.

La túnica negra oscurecía la mayor parte de su forma, pero ella podía distinguir piel pálida en sus manos, con una mandíbula afilada visible desde un costado. Sus orejas—no son puntiagudas ni siquiera con una cara hermosa, por lo que no son del todo élficas. Diferente de alguna manera.

Los ojos de la mujer orca estrangulada se hincharon aún más, segundos después de la muerte.

El miedo atravesó a Sylvane como un rayo. Si estaba cazando elfos, si preguntaba por los elfos, entonces su pueblo —su sobrino —todos—

Ella no podía dejar que él los encontrara.

Sus manos se movían por instinto, memoria muscular de décadas de caza.

Ella clavó una flecha en el arco robado, tirando de la cuerda hacia atrás con un movimiento suave.





La cuerda del arco crujió mientras la tensaba, con los brazos firmes a pesar de la adrenalina inundando su sistema.

Ella apuntó a su cabeza. Masa central. Disparo mortal.

La flecha voló.

Cortó por el aire con un silbido, recto y verdadero, la muerte navegando con alas emplumadas hacia la parte posterior de su cráneo—

—y se detuvo.

Simplemente se detuvo. Aire medio. A centímetros de su cabeza.

La onda expansiva estalló hacia afuera desde la flecha detenida, una ráfaga conmocionante de aire desplazado que se estrelló contra Sylvane como una pared física.



Ella se tambaleó, con las botas derrapando hacia atrás sobre la tierra mientras el viento soltaba su trenza.

Y en ese momento, cuando la onda expansiva se disipó, sus ojos se encontraron con los de él.

Él se había vuelto.

Carmesí y dorado, ojos que la fijaron en su lugar con mayor eficacia que cualquier flecha.



Su rostro—dioses, su rostro era hermoso de esa manera terrible en que los depredadores eran hermosos. Rasgos agudos, piel pálida y una sonrisa que curvaba sus labios con tanta suavidad que hacía que su piel se pusiera gateante.

La miró de la misma manera que alguien podría mirar una delicada flor que había estado buscando. Con aprecio. Con satisfacción.

"Oh", dijo, con una voz suave, cálida y absolutamente aterradora sin siquiera decir nada más.

Las tres mujeres orcas cayeron del aire como piedras, desplomándose en el suelo inconscientes. La rama del árbol alrededor del cuello de la líder se desenrolló, dejándola caer en un montón, jadeando y sibilando.

Pero Sylvane no podía apartar la mirada de esos ojos.

No pude moverme.

No podía respirar.

'Huh.'

En un momento se quedó allí, a veinte pasos de distancia, con esos ojos color oro carmesí fijos en ella con esa sonrisa suave y aterradora.

El siguiente—

Él desapareció.





El corazón de Sylvane se le metió en la garganta.

No fue velocidad.

Ella había visto velocidad antes— vio a los guerreros en el reino del Cuerpo de Diamante moverse tan rápido que dejaron imágenes residuales, vio flechas que doblaron el aire mismo.

¿Pero esto? Esto fue diferente.

No se había movido por el espacio entre ellos. Él simplemente dejó de estar allí y comenzó a estar aquí.

Simplemente parecía manipular la realidad.

Su mano se apretó alrededor del arco, con los nudillos blancos, la madera gimiendo bajo la presión de su agarre y podría haberse roto si no fuera porque miró las manos que sostenían la suya.

Dedos pálidos, largos y elegantes, alcanzaban la suya con tanta confianza casual que le causaba problemas de respiración. Sin dudarlo. Sin duda.

Ella parpadeó, con la mente tartamudeando mientras su mano rodeaba la de ella —no con fuerza, sino con una gentileza que de alguna manera parecía más peligrosa de lo que cualquier agarre podría ser.

Cálido. Su piel estaba caliente contra la de ella, y esa comprensión la golpeó más fuerte que la onda expansiva.





Ella esperaba frío, esperaba algo inhumano, pero el calor de su palma presionada contra el dorso de su mano se sintió dolorosamente vivo.

Él levantó su mano, su mirada se elevó tras ella, observando mientras él llevaba sus nudillos hacia su cara.

El mundo se redujo a ese único punto de contacto —su mano en la suya, levantándose, levantándose—

Sus labios rozaban su piel.

Un beso con la mano.

El tipo de gesto cortesano que nunca pensó que existía.

Miró sus manos unidas, parpadeando lentamente, como si su mente necesitara múltiples intentos para procesar lo que estaba sucediendo.

"Debo decir", dijo, y su voz la envolvió como seda, suave y cálida y completamente en desacuerdo con el poder crudo que acababa de presenciar, "eres bonita, mi señora"

